

La Caridad es tendencia de amor á nuestros semejantes; ese fluido de simpatía universal que nos hace sentir las alegrías ó gozos de los demás. Es el amor que nos mueve á hacer sacrificios incógnitos, con el objeto de ser útiles á la humanidad. Es la fuerza que nos impulsa á enjugar las lágrimas del desgraciado, ó á levantar un mal cuando nos es imposible remediarlo.

SR. PBRO. BR.

# DON BONIFACIO MOLINA

CURA DE IXTACALCO, D. F.

DES VANÉCENSE las sombras de la duda ante la brillante luz de la Fe, de la misma manera que las brumas que rodeaban el infinito se convirtieron en raudales de claridad al omnipotente acento del Increado. con el hervor del amor divino el amor de Dios se manifestó. *Fiat lux!* pronunció su voz creadora; el eco de las inmensas bóvedas del universo repercutió las palabras, y torrentes de fluido luminoso anegaron el espacio.

También al crear al hombre é infundir en la ruina envoltura de barró el soplo portentoso de la vida, al concederle la esencia espiritual que lo anima, puso en él sus dones inapreciables: la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Dones de la divinidad que, incrustados en nuestra alma, hacen de nosotros seres perfectos y semejantes á nuestro Hacedor.

de Francia, cuyo último trabajo lo dedicó al Congreso Internacional celebrado en Paris en ese año por aquella sociedad.

Tiene en prensa actualmente la obra titulada: "Le titre sobre la Peregriación Ateca, Fundación de México y Reino de sus Emperadores," obra que creemos firmemente dará gloria á su ilustre autor que se dedica al inmortal desahogado del Nuevo Mundo, D. Cristóbal Colón.

Fue fundador de la parroquia de la Concepción, limitada con Jalisco por el río de las Cañas, en marzo de 1857. Pasó luego al Rosario como cura encargado; pero con motivo de la revolución de los rebeldes, tuvo que viajar por Guadalupe, Durango y México.

Facilitado el país, prestó sus servicios espirituales en las parroquias de Capistró y Simón, y finalmente en la de San Sebastián, donde duró veintidos años. Finalmente hemos recopilado estos cuantos datos que daban al lector una idea de la importante figura del eclesiástico que hoy lo presentamos. nuestro digno de la Religión que propaga y cuya mayor virtud es la bondad que le caracteriza.



Es la Caridad esa tendencia de amor á nuestros semejantes; ese fluido de simpatía universal que nos hace sentir las amarguras ó goces de los demás.

Es el afán que nos mueve á hacer sacrificios inconcebibles, con el objeto de ser útiles á la humanidad.

Es la fuerza que nos impele á enjugar las lágrimas del desgraciado, ó á lamentar su mal cuando nos es imposible remediarlo.

Es la energía con que censuramos las acciones de los hombres cuando tienen por mira el retroceso universal.

Es la ciencia de hacer el bien al que realmente lo necesita; de cubrir la desnudez del miserable; de apagar los sollozos del que gime; de partir nuestro pan con el hambriento y de franquear nuestro cariño al que lo solicite.

Eso es la Caridad. Esa parte de su divina esencia la infundió Dios en nuestro espíritu con el objeto de unirnos á todas sus criaturas con el lazo divino del amor de que El es inagotable fuente, para que nos fueran suaves, hasta donde pueden serlo, las vicisitudes de la vida.

¡Sublime Caridad, lazo bendito de gasa y flores que unes á las almas de los infelices con las de los dichosos, hija del Amor divino que anidas en nuestras almas, encarnación del Altísimo, te saludamos con fervor, bendita seas!

La Esperanza es una aurora color de rosa, que tiñe constantemente los horizontes de nuestra existencia; es un oasis que se presenta ante nuestra vista en medio de la aridez y esterilidad del desierto que atra-

vesamos; es el iris multicolor que dibuja sus huellas en nuestro cielo, tras las borrascosas tormentas que se han agitado en el fondo de nuestra alma á impulsos del gigantesco poder del desengaño; es una estrella luminosa, brillante, que nos guía con su luz entre las encrespadas olas del mar de las desventuras y los sufrimientos, que amenazan hundir en el abismo de la duda á nuestra frágil embarcación.

La Esperanza es la filosofía, la suprema voluntad que ejercemos sobre nosotros mismos á fin de no desmayar en la lucha que contra el destino y las pasiones estamos condenados á sostener. Es la resignación con que soportamos el martirio con que la suerte nos tortura. Es el gozo inexplicable que experimentamos al comprender que nuestras amarguras no serán eternas. Es la tendencia por el progreso, que nos hace apurar, hasta las heces, la amarga copa de acíbar que con su descarnada mano nos ofrece el infortunio, sin que nos demos cuenta de su sabor insoportable, haciéndonos paladearlo con gusto, soñando que es almíbar. Es el cosmorama en el cual vemos pasar ante nuestros ojos, palacios, riquezas, honores, tronos, saraos, paraísos y jardines, cuando cerramos los ojos al recostarnos en el oscuro fondo de una pobrísima boardilla. Es la fiebre de las ilusiones que nos hace escuchar cánticos llenos de armonía en el graznido de los cuervos é imaginar en sus negras plumas vivísimos colores. Es un prisma cristalino á cuyo través vemos los abismos convertidos en hermosísimas cascadas; los nubarrones que pueblan nuestro cielo convertidos en gasas color de oro que surcan el espacio;



la arena del desierto convertida en campos cubiertos de verde esmeralda, y las espinas de que se encuentra sembrado nuestro camino trasformadas en doradas espigas.

¡Oh Esperanza; eres digna hija del Omnipotente que te crió!

¡Cumple como es debido tu sublime cometido sobre la tierra!

¡Que tu fuerza nos anime para resistir los rudos embates de la desgracia!

¡La Fe es la ley! ¡La Fe es la vida!

La Fe es la virtud más grande de las que pueden adornar al mortal.

La Fe destruye las cataratas que ciegan nuestros ojos y nos hace ver la verdad. Ella nos acerca más hacia nuestro Dios cuanto más lo comprendemos. Ella vivifica nuestro espíritu con su influjo santo. El mismo Dios lo dijo cuando, tomando envoltura de carne, bajó á predicar su doctrina entre nosotros y á enseñarnos sus virtudes: "Yo soy la salud y la vida del que cree en Mí. El que cree en Mí no morirá jamás."

¿Qué quería explicar el Salvador con esas palabras?

Que aquel en cuyo pecho ardiera la llama viva de la Fe no sentiría en sí las punzantes, las cruentas dolencias que la duda origina en los corazones descreídos. Que aquel que albergara en su pecho ese fuego sobrehumano, nunca se vería impulsado á aceptar medios ilícitos para ahogar sus sufrimientos, porque la Fe basta para amortiguarlos. Hé aquí la promesa

cumplida del Hijo de Dios al afirmar: "Yo seré la salud del que en Mí crea."

La salud prometida es la del espíritu, esa tranquilidad, ese bienestar que se apodera del creyente que sabe que existe un Dios, todo bondad, todo amor, todo magnificencia, que vela solícito por él.

El que cree, se siente fuerte para sufrir mayores penalidades de las que soporta. Considera suaves sus padecimientos y leve el peso que le abrumba. El que cree, sabe que hay un mundo mejor en donde se descansa de las fatigas del viaje; donde se recogen ópimos frutos de las buenas obras que haya ejercido durante su tránsito por este valle de lágrimas; sabe que el tiempo que emplea en recorrer de la cuna al sepulcro, es un momento de prueba y se siente sublimado.

Ese espíritu *vive* y de allí proviene que quede confirmada la segunda promesa del Altísimo: "Soy la vida. El que crea en Mí no morirá jamás."

La Fe es, pues, como dijimos al principio, la brillante luz que desvanece las sombras de la duda.

El creyente necesita quien avive en su espíritu el fuego divino de la Fe, á semejanza de las Vestales, que avivaban en el ara de su dios el fuego sacro para que nunca se extinguiera. A este fin se instituyó el sacerdocio.

El sacerdote, representante de Jesús sobre la tierra, tiene la sagrada misión de recordar constantemente á los fieles las promesas de su Salvador, y de instruirlos y guiarlos con sus consejos y su ejemplo,



á fin de que nunca fuerzan por otro camino que el que les marque la razón, la virtud y el deber.

Por eso el sacerdote es el ungido de Dios, y como tal, el arca en donde se guardan las virtudes que deben adornar á los hombres.

Uno de los modelos de caridad, uno de los hombres más dignos de ejercer el sublime ministerio de la Religión, es del que nos vamos á ocupar, quien por su modestia, su abnegación y su bondad se hace acreedor á ocupar un lugar en nuestra humilde obra, que honramos ahora dando á luz en ella su biografía.

En el rico y fértil valle de Temascaltepec (Estado de México), y bajo su pálido cielo surcado de vaporosas nubes, nació el Sr. D. Bonifacio Molina el 14 de Mayo de 1844.

El día 15 del mismo mes recibia las saludables aguas del bautismo en la parroquia del lugar, y con ellas el nombre de cristiano, nombre que más tarde habia de sostener gloriosamente, militando en las filas de los católicos como ministro de la Religión.

Sus virtuosos padres, D. Antonio Molina y D.<sup>a</sup> Margarita Bernabé Macedo, inculcaron en su corazón el más profundo cariño y respeto á la sublime Religión que profesaban, y de allí provino que desde muy pequeño mostrase un gran deseo de seguir la carrera eclesiástica.

Entonces hizo con ahinco sus estudios de instrucción primaria á cargo de un inteligente profesor, y contando quince años de edad, vino á México á hacer sus estudios preparatorios al Seminario Conciliar.

Era entonces Rector el Sr. Canónigo Diaz Vargas,

que durante el tiempo que tuvo á su cargo el Seminario, alcanzó la satisfacción de que se formaran en él preclaros sacerdotes.

En ese tiempo tambien estaban estacionados en México los Venerables Padres de la Compañía de Jesús, célebres en todas épocas por su sabiduría, y á cargo de ellos hizo sus estudios profesionales el Sr. Molina, obteniendo muy favorables calificaciones en las cátedras de Latinidad, Filosofía, Teología Dogmática y Moral.

Concluido que hubo sus estudios, recibió en el Sagrario Metropolitano de México las cuatro Ordenes menores y el Subdiaconado.

Más tarde obtuvo el sagrado Diaconado y el Presbiterado en el Seminario Conciliar, teniendo la fortuna de haber sido consagrado sacerdote por el Ilustrísimo Prelado D. Pelagio de Labastida y Dávalos, cuya muerte fue tan sentida y su existencia es tan necesaria.

Cantó su primera misa en la santa iglesia de Santo Domingo, el día 6 de Enero de 1873, festividad de los Santos Reyes, siendo sus padrinos de capas el señor Pbro. D. Gil Mercado y el M. R. P. Becerril, y de aguas los Sres. Lics. D. Manuel Guerrero y D. Faustino Chimalpopoca.

El acto de su cantamisa estuvo solemne. El fervor con que elevó su espíritu al Creador el nuevo ministro, hizo concebir de los fieles la fundada esperanza de que tendrian en él un intérprete fiel de sus sentimientos religiosos.

Pasó despues al mismo Seminario Conciliar como



profesor de la cátedra de latinidad, clase que desempeñó con exquisito esmero, sacando muy buenos discípulos.

Más tarde fué nombrado Cura de la parroquia de San Andrés Jaltenco, Estado de México, el día 10 de Noviembre de 1873. Pasó después con el mismo cargo á Teoloyúcan en 7 de Junio de 1878; luego recibió la parroquia de Tolcayúcan el 20 de Enero de 1880; en seguida fué á servir la de Culucacán el 10 de Julio de 1882, y por último se le nombró por la Sagrada Mitra párroco de Ixtacalco el 2 de Agosto de 1888, feligresía que con gran acierto rige hasta la presente.

Ha predicado, durante su carrera, en casi todas las iglesias de la Capital, recogiendo ópimos frutos porque las ideas por él emitidas en la Cátedra, sagrada han sido y son levantadas y con tendencias á impulsar por la senda del progreso á la Religión.

En el trascurso en que ha ejercido el puesto de Cura encargado, ha hecho las mejoras que han sido de gran urgencia en las parroquias que ha servido, tales como empezar á edificar la nueva iglesia en Culucacán y la reedificación completa, en el mismo pueblo, de la casa cural, como también la del templo en San Andrés Jaltenco.

Su carácter bondadoso le hace acreedor á toda clase de consideraciones y simpatiza con quien por primera vez le trata.



SR. PRESB. D. NICOLAS FIGUEROA,  
ARCEDIANO DE LA CATEDRAL DE S. CRISTOBAL, (CHIAPAS.)